



DR. PEDRO MARTINEZ GARZA,
MÉXICO.—D. F.

DR. PEDRO MARTINEZ GARZA.

L caso más espantoso, la desdicha más lamentable para la criatura humana, es sin duda ese naufragio del cerebro y de la inteligencia que se llama la locura, y á esta horrible dolencia tenemos que dedicar algunas páginas tomadas de los autores más célebres que han dedicado sus desvelos y su talento al alivio de tan triste enfermedad.

Realmente, el sér humano, desposeído del dón más precioso que recibiera del Creador, como es la facultad de pensar, es más infeliz aún que los animales, porque siquiera en éstos, lo que se llama instinto se asemeja en algún modo á la inteligencia humana.

Las causas de la locura son materiales; esto es, lesiones orgánicas, únicas que pueden paralizar así el pensamiento, pues no se concibe cómo pudieran suponerse lesiones en el mismo pensamiento, en las mismas facultades, ó en las funciones llamadas esencialmente nerviosas. No se concibe cómo han podi-

do algunos médicos atribuir todos los fenómenos de la locura á otras causas que á alteraciones en la organización del sistema nervioso, y cómo algunos hombres, muy eminentes por cierto, han querido que estas modificaciones dependan tan sólo del trastorno de las fuerzas vitales.

Los síntomas precursores son varios; según la forma ó especie de la manía, generalmente presiden los siguientes: aversión á la luz y á ciertos y determinados colores, visiones ó fantasmas al tiempo de acostarse; zumbido en los oídos, con hervisión en este mismo sentido; mucha afición al tabaco de polvo; anorexia ó voracidad, y en algunos casos la pica ó malacia; grandes deseos de beber agua ó licores espirituosos; la lujuria y las poluciones nocturnas; las vigiliias, los sueños horribles; el saltar de la cama por la noche y abrir las ventanas intempestivamente; los paseos nocturnos; las meditaciones profundas; el buscar la soledad; los espantos y terrores por cualquiera leve causa; la fácil iracundia; la risa intempestiva; el faltar á la palabra en los negocios y volverse estafador, sin ser estas acciones naturales y propias de la moral y conducta anterior del maniaco; la cara encendida; vértigos; dolores de cabeza y de lomos; congojas; palpitaciones; cutis seco; estreñimiento de vientre; supresión de algunos flujos habituales y el pelo oleoso, despidiendo un olor particular.

Cuando se declara la locura, pueden presentarse todas las perversiones imaginables, así relativamente á la facultad depensar, como á las afecciones mo-

rales, ó á las funciones de la vida orgánica. Muchos locos no pueden leer porque ven las letras cabalgando unas sobre otras; otros desconocen á sus parientes y amigos y á otros no les es dado juzgar de los objetos que les rodean, ó porque no los ven, ó porque les parece ver otra cosa. En ciertas locuras oyen voces que les amenazan, que les aconsejan, que les imponen actos y resoluciones que el temor les obliga á llevar á cabo, que no les deja descansar, que les persiguen incesantemente, y con las cuales sostienen largas conversaciones.

Muchos son los locos que se equivocan en orden al volumen, forma y peso de los cuerpos que tocan; la mayor parte no sirven para ningún trabajo manual, ni para las artes mecánicas, ni para la música, ni para la escritura, pues aparecen como desmañados en razón á que el tacto ha perdido la admirable propiedad que tiene de rectificar los errores de los demás sentidos.

Este error acerca de las sensaciones no suele afectar más que á un sentido, á veces dos, rara vez tres, sin que sea esto decir que no puedan afectarse cuatro y aun los cinco.

Cuando la alienación mental se declara, y muchas veces antes, se alteran el afecto y el gusto. Subtraído el hombre al ingenio de la voluntad, no es dueño al parecer de sus determinaciones, sino que, dominado por sus ideas, se ve arrastrado á actos que él mismo reprueba. Unos hablan, cantan, bailan ó escriben, sin poderse abstener de ello; otros andan

sin cesar, otros se entregan á actos de furor que deploran luego.

Pero estas direcciones, estas determinaciones irresistibles no son automáticas, como pretenden algunos autores, sino que son el resultado de un juicio, erróneo, si se quiere, del alienado.

Las pasiones de los locos son impetuosas, especialmente en la manía y en la monomanía, y son tristes en la melancolía; en la demencia y en la imbecilidad no hay más pasiones que las referentes á las primeras necesidades del hombre, como el amor, la cólera y los celos.

En la infancia se observa el idiotismo y la imbecilidad; pero la locura muy rara vez, á menos que se refiera á algún vicio de conformación.

La razón de esto es manifiesta; no habiendo adquirido el cerebro toda su consistencia, y no estando delineadas sus funciones sino de modo imperfecto, no pueden trastornarse éstas, por un exceso de actividad.

Cítanse, no obstante, algunos casos de niños que á la edad de dos años dieron ya señales de manía.

A estos ejemplos, que sólo se pueden considerar como excepciones, pueden añadirse los trastornos mentales debidos á los celos y á la masturbación.

De las diferentes estadísticas de enajenados de varios países, se deduce: que la alienación mental es más frecuente de los veinticinco á los treinta y cinco años en los dos sexos y en todas las condiciones de la vida; que de cincuenta á sesenta años la propor-

ción es mayor que en los quince años anteriores y en los que le subsiguen; que en los hombres, la quinta parte de los alienados lo son desde el nacimiento hasta la edad de veinte años; al paso que las mujeres figúrase por un sexto antes de los veinte años; que de las clases acomodadas una cuarta parte han perdido la razón antes de esta época; que la proporción de la locura es mucho mayor en las mujeres que en los hombres, antes de los veinte y después de los cincuenta; y por fin, puede asegurarse que en los extremos de la vida la razón de la mujer está más vacilante que en el hombre, al paso que en éste la edad más peligrosa es la de la virilidad.

Los individuos de temperamento bilioso, de fibra seca, en quienes predomina el sistema gastrohepático, que son meticulosos, tímidos é inquietos, están predispuestos á la melancolía.

El temperamento linfático es más susceptible de la manía y de la monomanía que con facilidad degenera en la demencia.

También pueden hacernos sospechar la demencia el hábito apoplético, caracterizado por la cabeza voluminosa y el cuello corto.

Los imbeciles é idiotas no presentan bien delineado ningún temperamento, por lo que no se les puede señalar predisposición segura.

Siempre que se excite la actividad del cerebro y se halle este órgano sobreexcitado por el trabajo, habrá disposición á la locura.

El estudio y la meditación prolongados son causas frecuentes de ella.

Dryden ha dicho que los hombres de talento y los locos distaban muy poco unos de otros; si con esto ha pretendido dar á entender que los hombres cuya imaginación es muy activa y desordenada, cuyas ideas son poco estables, ofrecen grandes analogías con los locos, tiene razón; pero si quiso significar que una gran capacidad, una suma inteligencia, constituyen una predisposición á la locura, se engañó completamente.

Los más vastos genios, los más grandes poetas, los más hábiles pintores, han conservado íntegra su razón hasta la vejez decrepita. Si se han vuelto locos algunos pintores, poetas, músicos ó artistas, es porque en estos individuos, á una imaginación muy viva iba asociado un régimen desordenado y una organización particular. Las ideas dominantes en cada siglo influyen poderosamente en la frecuencia y en el carácter de la locura; parece que al apoderarse los ánimos de las nuevas concepciones, no saben desprenderse de ellas, y es que la reflexión muy sostenida, al obrar sobre los individuos, obra sobre la población entera.

Comprueban este aserto mil observaciones. La frecuencia de la locura está siempre en relación con las profesiones que más ligan al hombre con las vicisitudes sociales.

Los militares, son el juguete de los caprichos de la fortuna; los comerciantes, sobre todo, los que se

dedican á especulaciones atrevidas, y los empleados cuyo destino está á merced y al capricho de un jefe, corren el mismo peligro.

Las profesiones que exponen al hombre á los ardores del sol y á los vapores del carbón, son favorables al desarrollo de la locura, así como también los que le obligan á vivir en medio de los ácidos metálicos, como los cocineros, panaderos, mineros, etc. El vapor del plomo produce en Escocia una especie de manía que les incita á morder y á desgarrarse mutuamente á dentelladas, cuya enfermedad se conoce en el país con el nombre de millrek.

También los mineros de Perú están sujetos á una manía especial, é igualmente se asegura que los tintoreros que emplean el añil tienen tendencia á la tristeza y morosidad. La vida sedentaria de algunos ricos, y también de algunos pobres por razón de su oficio, es muy abonada para la producción de la locura.

Algunos viajeros aseguran que la ociosidad es la causa de la mayor parte de alienaciones en Turquía.

El cambio brusco de estado y el tránsito de una vida activa á otra sedentaria, conducen á la locura, como acontece con algunos comerciantes que se retiran después de haber juntado un regular capital.

La falta de estabilidad, la manía de viajar, el malestar que experimentan algunos individuos cuando sus ocupaciones les retienen sujetos; los pocos cuidados, que dejando vacío el corazón y el espíritu hacen andar al hombre divagando sin saber con qué

llenarlo, predisponen á la alienación mental. El heredamiento es la causa más común de la locura, sobre todo en las clases más acomodadas, pues se ha evidenciado, en una mitad de los invadidos, al paso que sólo figura por un resto entre los pobres.

En Inglaterra, esta causa predomina mucho, sobre todo entre los católicos, que contraen alianzas entre sí.

Lo mismo puede decirse de la grandeza de Francia, cuyos individuos casi todos son parientes.

Los hijos que nacen antes de que los padres se vuelvan locos, están menos propensos á la alienación mental que los que nacen después.

Lo mismo acontece con los hijos de padres de los cuales solo la familia de uno de los dos ha tenido propensión á la locura.

Burton asegura que los hijos procreados por padres ya ancianos, están más dispuestos á la melancolía.

Esta funesta transmisión se revela en la fisonomía, en las formas exteriores, en las ideas, en las pasiones, en los hábitos, en las inclinaciones de los individuos que deben ser víctimas de ella, pudiéndose hasta pronosticar por estos datos la mayor ó menor probabilidad del ataque. La herencia no es una causa de incurabilidad; pero sí dificulta la curación y hace más temibles las recaídas.

En algunos casos debe buscarse en el seno materno la causa primera de la locura, no sólo por lo

concerniente á la imbecilidad, sino también á las demás especies de alienación.

Como generalmente precede á la locura la supresión de la leche, se ha creído que ella era la causa del delirio; pero aunque éste también estalla sin que aquella se suprima, se ha observado que iba en aumento su intensidad á medida que disminuía la secreción láctea.

Predispone á la locura la primera dentición, á causa de las convulsiones que la acompañan; y aun la salida de los segundos dientes ha podido provocar también el desarrollo de la enfermedad.

También determinan la locura un gran número de afecciones crónicas, ya por las supresiones á que dan lugar, ya por las metástasis que provocan.

Hipócrates dijo que la supresión de los esputos en los tísicos ocasionaba la pérdida de su razón; es también muy cierto que la tisis determina, ó al menos precede con frecuencia, á la alienación mental, y sobre todo á la melancolía.

La epilepsia no es raro determine la locura ya en la infancia, ya en una edad más avanzada, y su tipo más común es entonces el de la imbecilidad ó la demencia, sin excluir el del furor, el cual tiene un carácter de ferocidad indomable y que se hace temer.

El histerismo y la hipocondría degeneran y pasan á menudo á ser locura, no siendo en muchas ocasiones otra cosa que el primer grado de lo mismo.

La apoplejía termina á veces por la demencia; en tal caso va complicada con la parálisis sobre el